

MARISTELLA SVAMPA

DEL CAMBIO DE ÉPOCA AL FIN DE CICLO

Gobiernos progresistas, extractivismo,
y movimientos sociales en América Latina



Svampa, Maristella

Del cambio de época al fin de ciclo/Maristella Svampa.
-1a ed.-Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa,
2017.

288 p.; 22,5 x 15,5 cm.

ISBN 978-987-628-444-8

1. Movimiento Social. 2. Feminismo. 3. Cultura y
Desarrollo. I. Título.

CDD 303.4

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: julio de 2017

© Maristella Svampa, 2017

© de la presente edición Edhasa, 2017

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-987-628-444-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Printing Books

Impreso en Argentina

Para Carlos J.

A la memoria de Andrés Carrasco
y Javier Rodríguez Pardo

Índice

Introducción. Fin de ciclo	13
----------------------------------	----

Primera Parte

Progresismos, nuevo ciclo de acción colectiva y expansión del extractivismo

Movimientos sociales, tradiciones políticas y dimensiones de la acción en América Latina	27
Desarrollo y Consenso de los Commodities. Coordenadas del debate latinoamericano	53
Conflictos socioambientales, Giro ecoterritorial y alternativas en América Latina	79
Feminismos populares, extractivismos y patriarcado bajo el Consenso de los Commodities	107
Reconfiguraciones del clivaje Norte/Sur Una mirada desde la geografía de la extracción	131

Segunda Parte

Progresismos y fin de ciclo

Fin de ciclo y progresismos realmente existentes	145
Post-progresismo y horizontes emancipatorios en América Latina...	163

Tercera Parte
Del “Que se vayan todos” al ciclo kirchnerista

Introducción. 2001-2015	177
Tras las lecturas y las huellas de diciembre de 2001	181
La política en las calles: Lenguajes de movilización y espacio público en la Argentina contemporánea.....	195
Conflictos y reconfiguraciones sociopolíticas durante el ciclo kirchnerista. Las fases del kirchnerismo	215
Postfacio.....	249
Sobre los textos.....	263
Bibliografía citada.....	265

“La América mestiza es hija de muy hondas y complejas civilizaciones y tiene el deber de recibir lo mejor de todas ellas. Ante el mero mensaje de la productividad, que no deja espacio para la vida ni para la imaginación, o ante el terrible mensaje de poder, que quiere ver a los humanos sometidos a una disciplina agobiante, nuestros pueblos tienen ante sí dos imperativos fundamentales: el imperativo de sobrevivir, como lo dictan las leyes más hondas de la naturaleza, y para lo cual es necesario salvar también a ese universo natural del cual dependemos, y el imperativo de buscar la felicidad, la belleza y la armonía.”

William Ospina, *América Mestiza. El país del futuro*, 2004

“La crisis ambiental emerge desde el fondo del olvido de la naturaleza. Las grietas de la geosfera, el grito de la tierra, la voz de la Pachamama. Los conflictos ambientales y los derechos de los pueblos han sacudido el edificio de la ciencia, cuestionando la certeza de sus verdades objetivas y proyectando a las ciencias sociales hacia nuevas indagatorias sobre los modos de existencia y la sustentabilidad de la vida.”

Enrique Leff, *La apuesta por la vida*, 2014

“La experiencia del mundo muestra que hay inmensas realidades no capitalistas, guiadas por la reciprocidad y el cooperativismo, a la espera de ser valoradas como el futuro dentro del presente.”

Boaventura de Sousa Santos,
Primera Carta a las izquierdas, 2011

Introducción

Fin de ciclo

A partir del año 2000, América Latina ingresó a un *cambio de época*,¹ esto es, un nuevo ciclo político y económico que fue conformando un novedoso escenario transicional, caracterizado por el protagonismo creciente de los movimientos sociales, la crisis de los partidos políticos tradicionales y de sus formas de representación, en fin, por el cuestionamiento al neoliberalismo y la relegitimación de discursos políticamente radicales. Este *cambio de época* tomó un nuevo giro a partir de la emergencia de diferentes gobiernos que, apoyándose en políticas económicas heterodoxas, se propusieron articular las demandas promovidas desde abajo, al tiempo que valorizaron la construcción de un espacio regional latinoamericano. Frente a tal escenario, no pocos autores alentaron grandes expectativas de cambio y escribieron con optimismo acerca del “giro a la izquierda”, la “nueva izquierda latinoamericana”, el “posneoliberalismo”, entre otros.

Para designar a estos nuevos gobiernos se impuso como lugar común la denominación genérica de *progresismo*,² la cual si bien tendría el defecto de ser una categoría demasiado amplia, permitiría abarcar una diversidad de corrientes ideológicas y experiencias políticas gubernamentales, desde aquellas de inspiración más institucionalista hasta las más radicales, vinculadas a procesos constituyentes. Más aún, en una América Latina diezmada por décadas de neoliberalismo y ajustes fiscales, que afanosamente deseaba construir puentes y espacios de integración, el progresismo fue emergiendo como una suerte de *lingua franca*, más allá de la diversidad de experiencias y horizontes de cambio. Dicho arco abarcaría entonces desde el Chile de Patricio Lagos y Michelle Bachelet, el Brasil del PT, con Lula Da Silva y

Dilma Rousseff, el Uruguay bajo el Frente Amplio, la Argentina de Néstor y Cristina Kirchner, el Ecuador de Rafael Correa, la Bolivia de Evo Morales, la Venezuela de Chávez-Maduro, hasta el fallido gobierno de Fernando Lugo en Paraguay y el del sandinista Daniel Ortega en Nicaragua.

Esta apertura fue expresada de modo paradigmático por los nuevos gobiernos de Bolivia y Ecuador, países en los cuales la articulación entre dinámica política e intensidad de las movilizaciones sociales fue tal, que ésta se tradujo en nuevas Constituciones, con gran participación popular, cuyo corolario fue la ampliación de las fronteras de derechos. Categorías tales como “Estado Plurinacional”, “Autonomías Indígenas”, “Buen Vivir”, “Bienes Comunes” y “Derechos de la Naturaleza”, pasaron a formar parte de la gramática política latinoamericana, impulsadas por diferentes movimientos sociales y organizaciones indígenas y alentadas por los gobiernos emergentes. Pese a ello, ya desde el inicio, no escapaba a pocos analistas la existencia de un campo de tensión en el cual coexistían matrices políticas y narrativas descolonizadoras diferentes: por un lado, la populista y desarrollista, marcada por una dimensión reguladora y centralista, que apostaba al retorno y/o recreación de un Estado nacional; por otro lado, la indianista e incipientemente ecologista, que apostaba a la creación de un Estado Plurinacional y al reconocimiento de las autonomías indígenas, así como al respeto y cuidado del Ambiente. Con el correr de la década los progresismos irían consolidándose, de la mano de una narrativa populista-desarrollista y de la personalización del poder, desplazando otras narrativas de corte descolonizador, fueran indianistas, ecologistas y/o de izquierda.

Asimismo, la hegemonía del progresismo populista-desarrollista estuvo ligada al nuevo boom de los commodities. Ciertamente, a partir de 2003, a poco de iniciado el *cambio de época*, la geografía de la extracción en el sur global se dotó de nuevos registros, vinculados a los altos precios internacionales de los productos primarios (soja, metales y minerales, hidrocarburos, entre otros). En este período de rentabilidad extraordinaria, América Latina comenzó a vivir un crecimiento económico sin precedentes. En todos los países, independientemente del signo político-ideológico de los gobiernos, el boom de los commodities y sus ventajas comparativas, permitió la ampliación del gasto social –por la vía de políticas sociales o bonos– y una reducción importante de la pobreza respecto del período neoliberal. En todos los países, el proceso estuvo marcado por la tendencia

a la reprimarización de las economías, a partir de la acentuación de las actividades económicas hacia actividades primario-extractivas o maquilas, con escaso valor agregado. En todos los países, también independientemente de los discursos políticos-ideológicos, lo que he llamado el *Consenso de los Commodities* (Svampa, 2013), trajo como consecuencia la explosión de conflictos socio-ambientales y el inicio de un nuevo ciclo de violación de derechos humanos.

Claro está, en los países con gobiernos progresistas, la política extractiva abrió una brecha mayor, tanto dentro de los movimientos sociales como en el campo de la intelectualidad de izquierda. La dimensión de disputa y de conflicto introducida por el ingreso a una nueva fase de acumulación del capital trazó así una primera línea de división interna e instaló dilemas y fracturas dentro del ancho campo del progresismo en torno a la discusión sobre las estrategias de desarrollo y la relación sociedad-naturaleza; sobre el vínculo entre izquierdas, lenguajes emancipatorios, prácticas productivistas e imaginarios hegemónicos. Más simple, *prima facie* el carácter del progresismo como nueva *lingua franca* sería cuestionado desde y por las corrientes indianistas y ecologistas de izquierda, generando con los años un conflicto cada vez más profundo en el pensamiento crítico latinoamericano.

Sin embargo, hasta bien avanzado el ciclo, la crítica al modelo extractivo-exportador (lo que se conceptualizaría luego como extractivismo/neoextractivismo), pareció hacer poca mella en la popularidad de los gobiernos progresistas, en virtud de la asociación entre el boom de los commodities, crecimiento económico, políticas de inclusión y ampliación del consumo. Salvo excepciones, durante más de una década dichos gobiernos vieron renovados sus mandatos presidenciales, a través de abrumadoras mayorías electorales, constituyéndose en partidos predominantes—como el MAS en Bolivia, el kirchnerismo en Argentina, el chavismo en Venezuela, Alianza País en Ecuador— y en razón de ello, tendieron a monopolizar el espacio del progresismo, identificado en ese primer período con la izquierda, neutralizando otras opciones más radicales. En ese marco de hegemonía progresista, los gobiernos fueron consolidando esquemas de resubalternización hacia los movimientos y organizaciones sociales, a través de diversos dispositivos, entre ellos, el de la estatalización. No por casualidad en algunos países, como en Bolivia, el doble proceso (institucionalización y

estatalización), suele leerse en términos de “expropiación”, por parte del gobierno de Evo Morales, de aquella energía social colectiva acumulada, cuya movilización y lucha hicieron posible el *cambio de época* (la guerra del Agua –2000– y la guerra del gas –2003–).

Con el correr de los años, los progresismos realmente existentes no sólo serían cuestionados por las políticas neodesarrollistas de carácter extractivista y por el avance de la criminalización de las luchas socioambientales, sino también por la disociación creciente entre la narrativa de izquierda y las políticas públicas, visibles en diferentes campos (la ausencia de transformación en la matriz productiva, la persistencia de las desigualdades, los límites, respecto de los objetivos de la integración latinoamericana, entre otros tópicos). Como dijera en una oportunidad el sindicalista argentino Julio Fuentes,³ “entre el relato y la realidad hubo mucha diferencia: todos *queríamos* vivir en el *país del otro*, porque lo que *estábamos* viendo era el *relato*”.

“*Todos queríamos vivir en el país del otro*”... El tono cuasi humorístico de la frase no puede ocultar la incomodidad que los progresismos realmente existentes generaron al interior del campo de las izquierdas, instalando brechas profundas y ásperos debates acerca de la significación de lo que se entiende por izquierda. No por casualidad, con el paso de los años, hacia el final del ciclo, el evidente desacoplamiento entre progresismos e izquierdas habilitaría la reintroducción de categorías recurrentes como las de *Populismo* y *Transformismo*, las cuales irían permeando una parte importante de los análisis críticos contemporáneos.

Promediando la segunda década del nuevo siglo, el escenario político latinoamericano ha ido cambiando. La región comienza a vivir un período de alternancia político-electoral, que va marcando con un filo dramático el fin de ciclo y el progresivo giro hacia gobiernos de carácter abiertamente conservador. A excepción de los casos uruguayos y chilenos, muy probablemente debido a sus contornos más institucionalistas, en otros países, la sola posibilidad del fin de ciclo y la alternancia electoral se vive con hondo dramatismo: sucedió en la Argentina, cuando el kirchnerismo fue desplazado de modo inesperado por la vía electoral, en 2015; sucede actualmente con el gobierno de Nicolás Maduro en la Venezuela que perdió la mayoría parlamentaria.

Pese al innegable frente de tormenta y de los efectivos cuestionamientos provenientes por derecha y por izquierda, uno de los grandes proble-

mas de los progresismos ha sido la inevitable pero nunca querida rotación de liderazgos, frente a la imposibilidad constitucional de renovar indefinidamente los mandatos presidenciales. En efecto, con los años y a medida en que los regímenes se fueron consolidando, la concentración y personalización de poder político impidieron la emergencia y renovación de otros liderazgos dentro del campo progresista, al tiempo que alentaron formas de disciplinamiento y de obsecuencia que socavaron cualquier posibilidad de pluralismo político en los diferentes oficialismos, lo cual incluye desde organizaciones y movimientos sociales —que otrora tenían agenda propia y se caracterizaban por su accionar contestatario— hasta intelectuales, académicos y periodistas —otrotra defensores del derecho a la disidencia y del pensamiento crítico—.

El asunto no es menor y nos confronta a un tema recurrente en la historia política latinoamericana que golpea de lleno el fin del ciclo progresista; a saber, el hiperliderazgo y, a través de ello, la tendencia de los gobernantes a perpetuarse en el poder o, por lo menos, a buscar permanecer longevamente en él. Así, es sabido que en los últimos años el debate sobre las “re-reelecciones” ha sido motivo de polarización social. En 2013 la presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner, que transitaba su segundo mandato, tanteó a través de sus voceros más leales la posibilidad de una reforma constitucional, pero se encontró con que la sociedad ponía un límite a sus aspiraciones, primero en la calle y luego en las urnas. Evo Morales sufrió en carne propia la derrota y el golpe del “no” que la sociedad boliviana le propinó a sus aspiraciones re-reeleccionistas, a través del referéndum de febrero de 2016, lo cual le impide legalmente presentarse para un cuarto mandato consecutivo, a partir de 2019. Pese a ello, Morales no se resigna a no ser candidato presidencial por cuarta vez consecutiva, y todo indica que buscará —mediante diversos artilugios— transgredir el marco constitucional vigente.⁴ Desde Ecuador, luego de un 2015 atravesado por diferentes conflictos que enfrentaron al partido gobernante tanto con la clásica derecha como con organizaciones de izquierda, Rafael Correa logró que se votara una enmienda constitucional que habilita la reelección indefinida, pero que no puede aplicarse en las elecciones presidenciales de 2017.⁵ En 2009, en lo que fuera su segundo intento, el venezolano Hugo Chávez logró hacer aprobar vía referéndum la reelección indefinida para todos los cargos, mientras que en 2013, en Nicaragua, un Daniel Ortega

cada vez más lejos de los ecos combativos de la revolución sandinista y cada vez más cerca de la tradicional figura de una dictadura familiar,⁶ obtuvo que la Asamblea legislativa votara a favor de las reformas constitucionales que legalizaban la misma.

Por otro lado, en el marco del boom de los commodities, los progresismos han venido mostrando también una fuerte tendencia al desdibujamiento de la frontera entre lo público y lo privado, al abuso de poder y los hechos de corrupción; lo cual los ha ido despojando de su aura redentora, relativizando aquella narrativa inicial sobre la relación entre transparencia, justicia social e inclusión. No obstante, mal haríamos en reducir los progresismos realmente existentes a una pura matriz de corrupción, como quieren hacer de modo interesado muchos de sus detractores, desde posiciones de derecha.

Ahora bien, el caso es que en la actualidad los progresismos realmente existentes entraron en una fase de agotamiento y de crisis, lo cual es ilustrado por el giro conservador que adoptaron dos de los países más importantes de la región, Argentina y Brasil. Cabe aclarar que este agotamiento no se debe sólo a factores externos (el fin del superciclo de los commodities y el deterioro de los índices económicos), sino también a factores internos (el aumento de la polarización ideológica, la concentración de poder político, el incremento de la corrupción). Ante ello, si bien el giro conservador está vinculado, en gran parte, a las limitaciones, mutaciones y desmesuras de los gobiernos progresistas, a esto hay que añadir que pese a la sobreutilización de la hipótesis conspirativa, no todo es ilusión: en América Latina los procesos de polarización política habilitaron la vía más espuria del golpe parlamentario, posibilitando la expulsión de Zelaya, en Honduras (2009), la destitución de Fernando Lugo, en Paraguay (2012) y, las más resonante de todas, el escandaloso *impeachment* a la presidenta del Brasil, Dilma Rousseff (2016), acelerando de ese modo el retorno a un escenario abiertamente conservador en estos países.

Por otro lado, el fin de ciclo y el eventual giro político se inserta en un escenario mundial muy perturbador, marcado por el avance de las derechas más xenofóbicas y nacionalistas en Europa, así como por el inesperado triunfo del magnate Donald Trump en Estados Unidos. Todo ello augura importantes cambios geopolíticos que además de producir un empeoramiento del clima ideológico a nivel internacional, en el cual las demandas

antisistemas de la población más vulnerada se articulan con los discursos más racistas y proteccionistas, impactarán de modo negativo en la región latinoamericana, en un contexto global de mayor desigualdad.

Así mismo, desde el punto de vista político, la crisis de los progresismos gubernamentales asestó un golpe duro al conjunto de las izquierdas. Pues más allá de los debates acerca de qué se entiende por izquierda, el caso es que en el juego de las oposiciones binarias, gran parte de los gobiernos progresistas lograron monopolizar el espacio de la centroizquierda/izquierda, según los casos, neutralizando otras narrativas de cambio y obturando la posibilidad de la emergencia de posiciones políticas más radicales, con lo cual su crisis y debilitamiento impacta en gran parte del espacio.

Por último, cabe también relativizar el hecho, pues aún si el fin de ciclo debe leerse antes que nada como un agotamiento de los progresismos realmente existentes, la emergencia de una nueva derecha es todavía la excepción, no la regla. Además, tanto en Argentina como en Brasil, se trata de gobiernos todavía no consolidados, pues estos advienen en un marco de profundización de la crisis económica y de la protesta social. Se trataría, en principio, de gobiernos débiles, obligados a la negociación permanente. Todavía no se perciben los contornos de un (nuevo) esquema de estabilidad política, que necesariamente debe estar orientado a generar un modelo de resubalternización con el fin de contener tanto a las clases medias (que sufren la reducción del consumo) como a los sectores populares (golpeados por el empobrecimiento y la amenaza de la exclusión a gran escala). Por añadidura, existen claras diferencias entre los dos gobiernos citados, pues mientras el de Michel Temer es, además de impopular, un gobierno ilegítimo; el de Mauricio Macri es un gobierno que cuenta con una legitimidad de origen, basada en el voto popular. Sin embargo, hay un innegable aire de familia entre los dos: sin que signifique volver de modo lineal al neoliberalismo, ambos recrean y alientan núcleos básicos del mismo, a través, entre otras cosas, de políticas de ajuste que favorecen abiertamente a los sectores económicos más concentrados, así como el endurecimiento del contexto represivo.

En suma, el agotamiento del ciclo progresista es ya evidente, al menos en su carácter de *lingua franca*, de lenguaje político común, aceptado y compartido hasta hace poco tiempo por amplias capas de las sociedades

latinoamericanas, más allá de la disociación evidente entre progresismos e izquierdas, más allá de incomodidad existente entre diferentes activistas, movimientos sociales e intelectuales en sus propios países, o de los deseos de muchos de estar en el país del otro... Por otro lado, todo parece indicar que estamos asistiendo al inicio de una nueva época a nivel regional, cuyo carácter más expoliatorio en términos de derechos, augura más incertidumbre y menos pluralidad, en un contexto global ya marcado por importantes cambios geopolíticos y crecientes desigualdades.

El recorrido de este libro

Este libro se propone presentar un análisis de los progresismos realmente existentes desde una perspectiva que indaga el modelo de acumulación y los estilos de desarrollo, así como las tradiciones ideológicas y la dinámica de diferentes movimientos sociales. Propongo, para ello, un recorrido en tres partes.

En la primera parte, titulada “Progresismos, nuevo ciclo de acción colectiva y expansión del extractivismo” se privilegian conflictos, tensiones y rupturas que ponen en evidencia el lado más oscuro de los progresismos, ligados a la expansión de modelos extractivos y, en dicho contexto, el inicio de un proceso de estigmatización y represión de las protestas socioambientales. El recorrido se despliega en tres partes. Así, el libro se abre con un texto sobre “Movimientos sociales, tradiciones políticas y dimensión de la acción en América Latina”, en el cual se presentan líneas generales de interpretación sobre los movimientos sociales en la región y las tradiciones políticas, que nos servirán de guía a la hora de leer el ciclo progresista.

En el texto siguiente, titulado “Desarrollo y Consenso de los Commodities. Coordenadas del debate latinoamericano” presenta una caracterización general del ciclo político (2000-2016), bajo la categoría *Consenso de los Commodities*, la cual no es solo económica sino también de carácter político e ideológico. Desde mi perspectiva, la aceptación –tácita o explícita– de dicho Consenso, puso de manifiesto una de las limitaciones primeras de los progresismos, señaladas por los propios movimientos sociales, vinculadas a la aceptación del modelo extractivo-exportador como patrón

general de desarrollo. Aquí también se introducen los imaginarios dominantes sobre el desarrollo y presenta una suerte de periodización o fases del Consenso de los commodities.

El tercer punto aborda la expansión de la conflictividad socioambiental en la región, y las características del *giro ecoterritorial* de las resistencias. En esta línea indaga sobre el lenguaje político y el horizonte de cambio que las nuevas luchas ecoterritoriales proponen (los marcos de acción colectiva), al tiempo que busca poner de manifiesto los límites y dificultades que éstas atraviesan, para finalizar con una presentación de la discusión sobre la transición y las alternativas al extractivismo.

Un cuarto punto aborda los feminismos populares o feminismos del sur, en donde se indaga sobre varias cuestiones, entre ellas en el avance en las políticas públicas orientadas a las mujeres en la región, en las características que asume el proceso de feminización de las luchas sociales y en la relación tan mentada entre luchas ambientales y protagonismo femenino (en clave de ecofeminismos). El texto propone también revisar los oscuros vínculos entre extractivismos, patriarcado y cadenas de violencia.

Esta primera parte se cierra con un texto consagrado al modo en cómo los procesos de reconfiguración geopolítica, la emergencia de nuevas potencias globales y la expansión de la frontera tecnológica han producido la reconfiguración del clivaje Norte-Sur. Para dar cuenta de ello, retomo una mirada desde la geografía de la extracción, con el objetivo de subrayar la persistencia de la situación de dependencia de los países de América Latina, en tanto Sur global, sobre todo a partir del ingreso de China como gran potencia global emergente. Al mismo tiempo, a la hora de analizar la expansión de la geografía de la extracción, interesa rescatar matices, que podrían abonar una lectura más flexible acerca de la división Norte-Sur.

La segunda parte del libro titulada “Progresismos y fin de ciclo” cuenta solo con dos textos, que de modo más específico se proponen realizar un balance de los límites, mutaciones y dificultades de los progresismos realmente existentes, y el escenario posprogresista que se abre. Así, en el primer texto se busca sistematizar las críticas que indagan sobre las limitaciones del ciclo progresista, que incluyen tres tópicos: la crítica eco-territorial, la socioeconómica, la político-institucional. El segundo texto de esta segunda parte, escrito en colaboración con Massimo Modonesi, colega e

investigadoro ítalo-mexicano, se propone pensar las líneas de acumulación de luchas sociales en el horizonte del posprogresismo.

La tercera parte del libro se ocupa exclusivamente de la Argentina y propone reflexionar sobre los dos extremos del ciclo: los ecos de la rebelión de 2001 y el kirchnerismo como fenómeno político. En razón de ello, los dos primeros textos indagan sobre la apertura de un nuevo ciclo político, marcado por la expansión de repertorios de acción y formas de acción colectiva ligadas a la ocupación del espacio público y al cuestionamiento de la representación política tradicional. En esa línea, mientras que el primer trabajo propone volver sobre las diferentes interpretaciones que produjeron las jornadas del 19&20 de diciembre de 2001, tan cargadas de productividad política; el segundo aborda las características específicas que adquieren los lenguajes movilizacionales en la Argentina contemporánea, a partir de 2001.

Esta última parte se cierra con un largo texto sobre el ciclo kirchnerista, el cual es realizado en cuatro movimientos diferentes. En un primer movimiento, se propone pensar los cambios de la estructura social argentina entre 2003 y 2015; un segundo movimiento aborda las grandes transformaciones rurales, a partir de la expansión y consolidación de un nuevo modelo agrario (agronegocios, particularmente soja transgénica), hecho que trajo como correlato la emergencia de nuevos sujetos rurales globalizados, aunque no desligados de la vieja oligarquía agraria. Un tercer movimiento se refiere a las protestas sociales y la emergencia de nuevos movimientos sociales, producidas tanto desde el centro como desde la periferia del poder. Un cuarto movimiento ofrece una lectura de las transformaciones sociales producidas bajo el gobierno kirchnerista en perspectiva comparativa, con otros períodos (el menemismo), al tiempo que propone una breve descripción del escenario político actual y las luchas sociales en la Argentina poskirchnerista. Por último, el postfacio se propone volver y problematizar la relación entre progresismos e izquierdas, al tiempo que inserta esta reflexión en el nuevo contexto geopolítico.

Antes de iniciar este periplo, quisiera hacer una aclaración, que alude a la perspectiva teórica y política que propongo, la cual reivindica no sólo el pensamiento crítico sino también el compromiso con las luchas sociales de carácter democrático y contrahegemónico en América Latina. Este compromiso que inicialmente tuvo un anclaje nacional (vínculo con movi-

mientos de desocupados y, a partir de 2006, con asambleas socioambientales y experiencias de pueblos originarios), fue extendiéndose, al compás del ciclo progresista, a otras latitudes geográficas, que incluyen muy especialmente dos países emblemáticos del período, tales como Bolivia y Ecuador. En dicho recorrido tuve el privilegio de establecer un diálogo e intercambio con numerosos colegas provenientes de la izquierda latinoamericana y europea, intelectuales y/o activistas, muchos de los cuales manifestaron su apoyo y acompañamiento inicial a las diferentes experiencias del campo progresista, pero luego fueron tomando distancia crítica de estos procesos.

Ciertamente, hay que tomar en cuenta que el *Consenso de los Commodities* abrió una brecha, una herida profunda, en el pensamiento crítico latinoamericano, el cual durante los años 90 mostraba rasgos mucho más aglutinantes, frente al carácter monopólico del neoliberalismo como usina ideológica. Contrariamente a ello, el ciclo progresista fue reflejando tendencias contrastantes, entre las cuales es necesario distinguir entre aquellos posicionamientos que proponen un capitalismo “sensato y razonable”, capaz de aunar extractivismo depredador, progresismo e inclusión social, y aquellos otros posicionamientos críticos que mayoritariamente desde la izquierda cuestionamos el extractivismo y los límites sociales e institucionales de los progresismos realmente existentes, postulando la necesidad de pensar un paradigma político y civilizatorio alternativo.

En esta última línea, que muchas veces significó optar por la senda de la incomodidad –incluso, la marginalidad política–, quisiera agradecer tanto a los/as amigo/as del *Grupo Permanente de Alternativas al Desarrollo*, creado en Quito, en 2010, como a mis colegas de *Plataforma*, el colectivo de intelectuales que formamos en la Argentina en 2012. En la cercanía e intercambios con todo/as ello/as, a través de foros, encuentros, charlas y recorridos por diferentes experiencias sociales, aprendí a valorar la importancia de la construcción colectiva de pensamiento crítico, la relevancia insoslayable de la intervención pública y el acompañamiento de las luchas con acciones y prácticas de solidaridad, en fin, a sopesar sin condescendencias la potencia regeneradora de otros saberes, no producidos exclusivamente en la academia.

Por último, no sabemos hasta dónde el giro conservador que hoy se opera en América Latina permitirá abrir una nueva conversación con aquellos otros colegas y activistas que hasta hace poco promovieron acti-

vamente a los progresismos realmente existentes, afirmando que ésta era “la única izquierda posible”. Si acaso este diálogo fuera posible, la tarea que nos aguarda es sumamente compleja y difícil, pues se trata de pensar colectivamente una izquierda posprogresista, que conjugue a la vez justicia social y antipatriarcal, con justicia ecológica. Sin la intersección de esos tres ejes en un único horizonte, creo humilde y sinceramente que hay escasas posibilidades de reformular las izquierdas, en un sentido verdaderamente democrático, plural y emancipatorio.

Maristella Svampa, Buenos Aires, 10 de enero de 2017.

Notas

¹ Retomamos la expresión utilizada en un libro publicado en 2008, M. Svampa, *Cambio de época, Movimientos sociales y Poder político*, Buenos Aires, Clacso-Siglo XXI.

² Un concepto cuya significación es bastante amplia, y abarca el espacio de centro-izquierda e izquierdas no radicales. Originariamente remite a la Revolución francesa y hace referencia a aquellas corrientes ideológicas que abogaban por las libertades individuales y el cambio social (el “progreso” leído como horizonte de cambio).

³ Sobre los progresismos latinoamericanos, Julio Fuentes, presidente de la Confederación Latinoamericana y del Caribe de Trabajadores del Estado (CLATE) y Sec. Gral. Adjunto de ATE nacional (Argentina). Expresión deslizada en el panel organizado por Claudio Lozano, sobre “Balance de los progresismos en América Latina”, 26/8/2016. <http://www.unidadpopularcaba.org.ar/index.php/articulos/notas/3274-lozano-puso-en-marcha-el-ciclo-de-debate> (consultado el 28/12/2016).

⁴ En diciembre de 2016, Evo Morales anunció que volvería a presentarse como candidato a presidente en 2019, para lo cual se evaluaban distintas alternativas, entre ellas, la renuncia anticipada, a fin de habilitar a un nuevo mandato.

⁵ Esto impidió que Correa pudiera volver a presentarse en las elecciones de 2017, por lo cual se designó como candidato de Alianza País a Lenin Moreno, entonces vicepresidente.

⁶ Ortega está en el poder desde 2006 y fue reelegido por cuarta vez en 2016. Haciendo uso del control que ejerce sobre el poder judicial, desplazó de las diputaciones al principal partido opositor, que no pudo presentarse a las elecciones de 2016. Quien acompañó en la fórmula, como vicepresidente, fue su esposa, Rosario Murillo, quien desde hace años es una figura fuerte del gobierno.